

**Aventuras antiguas
de
Sherlock**

Holmes



DAVID WERN

Londres, siglo XIX. Sus habitantes se preparan cada día para continuar con su vida agitada, enfrentándose a cuestiones que escapan de su autoridad. Las diferentes realidades se confunden entre las calles, elevándose unas sobre otras con la oscuridad construida por el incesante mal que envuelve a sus ocupantes. Las sombras nunca dejan de acechar, pero algunos personajes permanecen siempre vigilantes. El detective Sherlock Holmes, la mente más brillante que camina en la City, acompañado por su valiente compañero, el doctor Watson, siempre aceptará ocuparse de aquellos casos que se alejen de lo corriente.

Aventuras antiguas de Sherlock Holmes trae a nuestros días el avezado ingenio y la cuidada prosa con que se escribieron los casos originales del personaje. A través de una serie de historias y misterios, se avanzará en el conocimiento del Londres del momento, el adelantado crecimiento que camina por sus calles, y se dará paso a unas líneas escritas desde el cuidado absoluto y la precisión con que Holmes fue dibujado. En palabras del detective: «No hay nada más engañoso que un hecho evidente.»

RESEÑAS: David Wern vive con pasión la literatura de grandes escritores como Julio Verne, Charles Dickens o Arthur Conan Doyle. Tal es así, que se ha propuesto recuperar un estilo narrativo ya extinto, reemplazado por el devenir de los acontecimientos de la historia. Si alguien ahí fuera se siente igual de nostálgico, solamente tiene que abrir la última publicación de este autor, *Aventuras antiguas de Sherlock Holmes*, y volver a disfrutar de las portentosas andanzas de uno de los detectives más famosos de todos los tiempos. Y es que *Aventuras antiguas de Sherlock Holmes* recupera no solo la tradición de la novela detectivesca del siglo XIX y principios del XX (recordemos que fue esta la época álgida de este tipo de narraciones, y que

otros intrépidos investigadores como Auguste Dupin, de Edgar Allan Poe, o Hércules Poirot, de Agatha Christie, hacían sus pinitos por la literatura por aquel entonces de igual manera), sino también el estilo refinado del consagrado Doyle de una forma magistral.

El libro consta de ocho historias distintas que el autor ha sabido elaborar siguiendo con verdadero acierto la estela de los cuentos originales. El doctor John Watson fraterniza con el lector apelando a su curiosidad ante las extraordinarias dotes deductivas del detective, al que nada se le escapa.

Así, haciendo uso de su memoria, narra con extrema dedicación y detalle los distintos casos a resolver.

«*La aventura del monarca sin corona*», donde un hombre les entrega a nuestros protagonistas una misteriosa carta pidiendo ayuda en lo referente a un asunto de máxima importancia a nivel político, o «*La aventura de la máquina voladora*», en el que podemos leer acerca de un extraño suceso que implica la aparición de un extraño «hombre pájaro», rescatan la esencia de los misteriosos y rocambolescos casos sherlockianos.

No hay historia que tenga desperdicio; el autor ha sabido elegir muy inteligentemente de qué hablar y cómo hacerlo. En conclusión, *Aventuras antiguas de Sherlock Holmes* podría ser una perfecta continuación de las aventuras del detective por la increíble adaptación a la prosa de Arthur Conan Doyle.

La intriga perfectamente construida y los diálogos que potencian el misterio mantienen una tradición detectivesca que, a día de hoy, podríamos afirmar que ha heredado enteramente David Wern.

Cuando todo aquello que es imposible ha sido
eliminado, lo que queda, por muy improbable
que parezca, ha de ser, innegablemente, la
verdad.
Sherlock Holmes.

Prólogo

Dirigiendo la mirada a los días pasados, contemplando, desde la distancia, los extraordinarios acontecimientos que pude presenciar al lado de Sherlock Holmes, y entregándome a una narración que, si bien él no ha aprobado, nunca me ha impedido mostrar, encuentro una relación de aventuras que nunca fueron ofrecidas a los lectores en su momento, bien por hallarnos envueltos en otras de complejidad acusada, bien porque mis propias actividades como médico consultor me alejaron de la construcción de unos relatos que, sinceramente, anhelaba ofrecer.

No ha sido, pues, hasta ahora, cuando he podido completar la laboriosa tarea de repasar los recuerdos de aquellos días, para lo que tuve que documentarme con ayuda de diarios y anotaciones tomadas al momento, que me han permitido construir una narración fiel y detallada de los sucesos que observamos. En algunas ocasiones, la tarea resultó más sencilla, por encontrarme próximo en el tiempo a los días que pretendo contar; en otros, los meses transcurridos hicieron necesario un esfuerzo más importante, pero el resultado se puede considerar, igualmente, satisfactorio. En cualquier caso, toda la relación de circunstancias sucedidas pertenece a la misma historia inglesa, de Holmes y la mía propia, por lo que callar tales hechos era algo que no debía prolongarse más. Entrego las narraciones de las aventuras antiguas y no contadas de mi amigo y compañero con el propósito de ilustrar al público sobre los acontecimientos que acaso no alcanzó a conocer o, incluso habiendo tenido noticias de ellos, para formarse una idea acerca de las prodigiosas capacidades con que el señor Sherlock Holmes, de Baker Street, se enfrentó a tales hechos.

Doctor JOHN H. WATSON

La aventura del monarca sin corona

–Watson, hace bien abandonando su intención inicial de visitar Brighton en invierno. El deshielo de primavera es más apropiado, y no puedo sino unirme a usted en su decisión.

–En efecto, Holmes. Lo he meditado mucho, y he cambiado mi idea. ¡Pero, Holmes...! ¡No he compartido mi propósito con nadie! ¿Cómo puede saber que no iré a Brighton el mes que viene?

–Observándole, Watson. Usted, sin quererlo, lo ha dicho todo.

–¿Se trata de variaciones en mi ánimo, Holmes? Sé que es usted capaz de leer cualquier signo que para otros pasarían desapercibidos, pero incluso esto me resulta incomprendible.

–No tiene ningún misterio, querido amigo. Usted me comunicó, hace poco, sus intenciones para visitar Brighton en próximas fechas, a propósito de un encuentro con un colega doctor que le recibiría allí.

–Así es.

–Bien: acaba de cambiar de idea, tras comprender que el tiempo no es el más apropiado para viajar en esas fechas.

–Le ruego que me guíe, Holmes. No comprendo aún su proceso.

–Usted ha contemplado largamente la fotografía que preside esa pared. Se trata de un retrato otoñal de Londres, que guarda alguna similitud con Brighton. Por los co-

mentarios que me hizo sobre su viaje, no pensaba sino en el mismo, al contemplar este paisaje. Al principio lo hizo de manera espontánea, sin percatarse de los elementos que podrían entorpecer su expedición. Después, el característico colorido sombrío de la City le hizo pensar que Brighton, en efecto, también se ve visitada, a menudo con frecuencia mayor de la deseada, por las nieblas y lluvias que aquí nos acompañan. Entonces, ha mirado por la ventana, y luego ha observado aquella pequeña planta que la señora Hudson se empeña en mantener cada día. Esto ha sido decisivo, y le ha permitido trazar una nueva fecha para su viaje, que en cualquier caso no abandonará: irá en primavera a Brighton.

—¡Extraordinario, Holmes! Pero convenga que es todo un poco aventurado, y que mis pensamientos podrían haber sido otros, más alejados de esta idea.

—En otras circunstancias, Watson, no estaría desprovisto de razón; pero el conocerle de años, manejar sus costumbres, y saber interpretar sus pensamientos comunes, reduce las posibilidades de error. Aunque la situación podría, como usted dice, haber sido otra, era difícil que así fuera.

—Holmes, me parece a veces que debiera usted prestar servicios a personajes más necesitados que yo. Créame: este viaje no tiene nada de particular, aunque mis emociones pretendan lo contrario.

—¿Personajes como el que está a punto de solicitar nuestro consejo? ¡Escuche, Watson!

Unos pasos rápidos, acompañados de otros más sosegados, interrumpieron la conversación. Holmes escuchó, al igual que yo; pero fue mi compañero quien reanudó el diálogo, una vez construidas sus suposiciones.

—Se trata de la señora Hudson, y del representante de un caballero importante. No ha podido venir él, o no ha querido hacerlo... Los pasos descartan que se trate de él mismo... ¡Hola, señora Hudson!

Nuestra casera abrió la puerta de la habitación y, a pesar de sus esfuerzos por introducirse primero, el hombre que la seguía se personó antes en la estancia. Se trataba de un caballero de edad mediana, impecablemente vestido, y con modales ágiles y prácticos, que demostraban que venía a llevarse de Holmes aquello que necesitara. El detective contempló aquella figura durante un instante, y luego, con su cordialidad afectada, indicó a la señora Hudson que regresara a la planta inferior; tan impaciente estaba por escuchar lo que tuviera que ser narrado.

Sherlock Holmes se puso en pie frente al llegado, en lo que me pareció un ejercicio de estudio habitual y, ofreciendo su mano, saludó a aquel regio visitante.

—¡Es usted muy bienvenido, señor! —comenzó Holmes. Precisamente, me comentaba mi amigo y colega, el doctor Watson, sobre la necesidad de poner mis pequeñas habilidades en frentes más provechosos que lo que él mismo se considera; y ahora se encuentra usted aquí, querido caballero, lo que no puede resultar más oportuno. ¿Querrá sentarse y explicarnos por qué su protector no ha podido visitarnos personalmente?

El hombre alteró su apariencia levemente, intrigado por las palabras de Holmes; pero enseguida recuperó la seguridad, y aceptó la mano que Holmes le entregaba.

—Señor Holmes, como usted ha concluido, sin que sea mi cometido saber cómo y en qué términos, hablo en nombre de un caballero de gran importancia, cuyo nombre provoca admiración y respeto por toda Europa.

—Eso pensaba.

—El nombre de este caballero, y lo que pretende de usted, se encuentran en el interior de este sobre, que ha sido confiado a mí por su persona, y que únicamente a usted debe ser entregado.

—Perfecto.

—También se me ha indicado, aunque este punto también se comenta en el documento, que este material debe

ser destruido, una vez concluida su lectura.

–Comprendo.

–Señor Holmes, este asunto es de delicadeza e importancia tales, que se ha considerado que solo usted puede tratarlo con la cortesía que requiere. Puedo asegurarle que el alcance de las decisiones que se tomen es muy acusado, y que se extenderá por todo el continente.

–Me hago cargo.

–Le deseo buena suerte, y tenga presente que no volveremos a vernos, por expreso deseo de mi protector.

El hombre se levantó ceremonioso, presentando riguroso protocolo, y se despidió de ambos con la misma celeridad y seriedad con que había llegado a nosotros. Holmes calló unos instantes, y luego me habló con la animada jovialidad que solo los casos más difíciles producían en él.

–Así pues, Watson, ¿qué ha sacado de todo esto?

–El hombre parecía sincero.

–Ciertamente, y esto nos lleva a creer que se trata de una necesidad real, o de un estafador muy hábil. Veamos: un hombre, de buenas maneras y porte, se presenta en nuestras habitaciones, solicitando ayuda para una autoridad superior. No es la primera vez que sucede. Sus palabras, y el documento que nos ha entregado, parecen sustentar sus acciones. Lo dispone todo para recibir nuestro consejo, y nos deja con la inquietud en el interior. Y está el asunto del sobre: papel fino, que no emplea cualquiera, tonalidad rigurosa, del que se maneja en las casas altas, y un mensajero que impide que el remitente se muestre en el exterior. Examinemos su contenido.

Holmes rasgó el sobre con el segador que descansaba en la estantería, y extrajo de él un papel en un color blanco reluciente, que contrastaba con el apagado marrón del exterior de la misiva. Enseguida, sus ágiles ojos se pasearon por la lámina, dirigiendo un vistazo rápido a todo el contenido. Una luz de satisfacción pareció envolverle; y, finalmente, trasladó sus impresiones sobre aquella cuartilla.

–¡Interesante, Watson! El asunto promete mucho de lo esperado. Escuche.

A la atención del señor Sherlock Holmes.

Estimado señor:

Ha pasado mucho tiempo desde que surgió en mí la idea de solicitar su ayuda, valiosa, según se dice, para todo el que la ha requerido. Sin embargo, no advertía que las circunstancias fueran apropiadas para alcanzar lo que me propongo.

El momento actual por el que atraviesa mi país me indica que ha llegado el momento de actuar. Las circunstancias han variado, y los agentes que participan en nuestra vida diaria podrían ofrecer la ayuda que requiero.

Señor Holmes, debo indicarle que ocupo la más alta posición de un país del continente europeo, cuya antigüedad, seriedad, y buen hacer con sus gentes, nos ha permitido conducirnos con serena tranquilidad, y con aplaudida mesura.

El nombre de este país, así como el mío propio, los conocerá usted en la entrevista que confío en que celebremos en los próximos días, si estas líneas despiertan su interés por acometer una empresa de proporciones colosales. Baste decirle, de momento, que me veo obligado a dirigir los destinos de muchos buenos ciudadanos, del ejército que nos protege, y de las relaciones con otros países, actividades a las que me entrego con total esfuerzo y dedicación.

Creo, señor Holmes, que las cosas han podido hacerse mejor desde el inicio. Nuestro Gobierno, sin ser el mejor, posee cualidades notables, pero me inspira sentimientos e ideas que

deben traer otras corrientes diferentes a la nación. Estas ideas, por lo novedoso, son arriesgadas, y requiere que muchos de los implicados ofrezcan su apoyo hasta el final. No solo precisamos del impulso local, sino que necesitaremos que la asistencia de fuera se implique del mismo modo. Es en esta parte de la aventura donde se requiere su presencia. Debido a sus extraordinarias cualidades, que toda Europa conoce, usted podría facilitar nuestra labor, si logra que los participantes caminen por la claridad, y ninguno de ellos entorpezca el propósito. Todos los detalles restantes, la verdadera finalidad de estas líneas, se le comunicarán, según lo dicho, de manera personal.

Un tren sale de Londres en dirección a Dover en la noche del próximo martes 7 del corriente. El billete se encuentra reservado a la atención de usted en aquel lugar. Una vez en esta ciudad, un velero, llamado Saintran, le llevará hasta la capital de Bélgica. En este lugar será donde tendrá lugar nuestro encuentro, y en donde deberá usted decidir si acepta el cometido que le entrego.

Señor Holmes, acudo a usted porque considero que, sin su ayuda, este proyecto nunca encontrará el éxito. Sé que defiende usted las causas nobles, especialmente cuando las dificultades acompañan a la tarea, y le aseguro que nunca un hombre emprendió actividad más compleja que esta. Espero encontrarle dentro de unos días frente a mí, y ganarme la confianza de su proceder. Pero si no está de acuerdo en continuar con ello, simplemente no acuda a la estación. Mis hombres me avisarán del resultado de

su decisión, y mi impresión sobre usted no habrá variado en parte alguna.

Atentamente,

R. H.

–Es todo, Watson. ¿Qué piensa?

–Ese hombre parece muy necesitado.

–Sí; o se trata de una sofisticada artimaña. Acérqueme aquel volumen, Watson; el que contiene las letras P-Z.

Alargué el brazo hacia la estantería, y recogí el tomo de la enciclopedia que Holmes solicitaba, ofreciéndolo al detective, que parecía encontrarse feliz de encontrarse ocupado de nuevo.

–Veamos, Watson: Patrick Roughes, el embaucador que vendía cuerda de bramante, pretendiendo que se trataba de finas telas del Asia; Richard Rountraugh, aquel curioso personaje que no había cometido más delito que el de quemar su negocio para marcharse del país, antes de que se descubriera lo que había hecho, en realidad, en tiempos anteriores. Bruce Rayword, de quien se decía que era, en realidad, el mismísimo primer ministro, aunque nunca pudo probarse. ¡Aquí está, Watson! Roger Housewood, monarca de Liechswtein. ¿Tendría la amabilidad de leerme lo que indica el volumen sobre el personaje?

Recogí el manual que Holmes me extendía, narrando lo que decía el personaje:

–Roger Housewood, rey de Liechswtein. Monarca de este país en orden al sistema monárquico que rige en él desde 1598. Hijo del rey Theus Housewood, nieto del rey Jules Housewood, progenitor del futuro monarca Pierre Housewood. Capitán de los ejércitos de esta población, y gobernante primero de los destinos de los cerca de treinta mil habitantes que fueron censados en el año 1890.

–Perfecto, Watson. Ahora escuche esta pequeña reseña que aparece en la enciclopedia sobre el curioso país de Liechswtein.

Holmes cambió el volumen por el que albergaba la letra, y comenzó una lectura sobre lo que se conocía sobre aquella nación.

–Liechswtein. Pequeña nación de unos treinta mil habitantes ubicada en el corazón de Europa, entre Francia y Bélgica. Construida con raíces de estos dos países. Fundada por colonos principalmente franceses alrededor del año 1300. Sistema monárquico hereditario. El rey Roger Housewood es el actual monarca. Economía fundamentalmente agraria, con grandes producciones de frutas y verduras que se exportan a diversas naciones: Francia, Inglaterra, Italia. Sin incidentes destacados en su historia, a excepción de unas manifestaciones en contra de la monarquía que vienen realizándose, sistemáticamente, desde hace algunos años. Es todo, Watson.

–¿Y cree –pregunté yo– que el rey de este país es quien le ha escrito, Holmes?

–Existen –respondió él– argumentos para creer esto. Observe, Watson, que el caballero que nos ha visitado presentaba un porte muy digno, que no se encuentra todos los días. Magnífico, diría yo. Luego, la misiva. No se lo comenté antes, pero el papel que nos ha entregado procede, efectivamente, del exterior. Nosotros no elaboramos esta clase de papiros, Watson, pero sí pueden encontrarse en algunas zonas nobles de Francia, por lo que no es equivocado suponer que también podrían hallarse en Liechswtein, de donde parece proceder el documento. La tinta no es barata; es de las que se emplean en gobiernos, u organismos oficiales. Puede verse porque el trazado no se ha movido ni ha goteado en ninguna parte de la carta, y esto a pesar de que el caballero que la redactó, pues tenga por seguro que se trata de un hombre, ha realizado trazos rápidos, aunque seguros. Sin duda, sabía lo que quería de-

cir, pero tenía prisa por decirlo, y, aun así, la tinta resistió el asalto. Con todo esto, Watson, existe una posibilidad de que, verdaderamente, el monarca de este pequeño país haya solicitado nuestro consejo para un asunto que, sin duda, le tiene en angustias.

–Pero –protesté yo– si se tratara de un personaje tan importante, ¿no habría tomado precauciones para no ser descubierto? Es demasiado obvio y, si se trata de actuar discretamente, este hombre no estaría obrando con acierto.

–Precisamente, Watson. Esta es la razón por qué actúa así, y por la que creo que existen muchas posibilidades de ser quien pretende. Preste atención: este hombre me pide ayuda, y sabe que puedo dársela, una vez el asunto resulte de mi interés. ¿Cómo puede convencerme de ello? Indicándonos quién es. No ha mentido, pero tampoco ha puesto su identidad al descubierto. Él sabía que no todos poseen información sobre reinos ajenos, y dio por hecho que relacionaría las pistas que me ofrece con los datos que poseo. Así ha sido. Por tanto, quería que lo encontrara y diera veracidad a su historia. Naturalmente, puede darse una situación contraria: que esta carta, o su contenido, sean falsos. En este caso, se precisa igualmente una investigación, que trate de arrojar alguna luz en todo este alboroto. Sí, Watson: una aventura, de un modo u otro, está a punto de comenzar, y debemos movernos rápido, pues los implicados podrían ofrecer nuevos argumentos muy pronto, ya sea en relación con el monarca de Liechswtein, o a mi propia persona.

–Así pues, Holmes, piensa aceptar el caso.

–Si es que se trata de tal. Por de pronto, voy a salir, Watson. Necesito que se quede en casa, por si se reciben unos telegramas de los que espero respuesta.

–Aquí estaré, Holmes.

–No le vendría mal, para entretenerse, la lectura de este pequeño artículo que he publicado en el Herald. Cien

tipos distintos de semillas, y sus propiedades destacadas.

Holmes terminó de cambiarse, colocándose encima su característico abrigo largo y su sombrero, abandonando la habitación enseguida. Por mi parte, como no había actividad mejor, traté de pasar las horas lo mejor que pude, entregando el tiempo a las líneas que el famoso detective había compuesto sobre esta curiosa materia. Sin embargo, me encontraba agitado por lo sucedido. No era corriente que un rey extranjero nos visitara, aunque el asunto de Irene Adler siempre apareciera en el recuerdo, pero aquel caso, comparado con este, parecía de mucha menor relevancia.

Efectivamente, que un monarca, aunque fuera de un país tan desconocido como Liechswtein, solicitara la ayuda de Sherlock Holmes, solo podía indicar gravedad inminente, y una suerte de complicaciones que únicamente él podría resolver. Estaba acostumbrado a presenciar los más asombrosos hallazgos de mi amigo a través de la observación y el pensamiento, de la contemplación de detalles que los corrientes no podían, en modo alguno, encontrar; y sabía que, si algo presentaba dificultades, quedarían solventadas con su destreza. Así empleé los tiempos siguientes, tratando de dirigir mis pensamientos hacia algo más mundano, aunque sin lograrlo.

Habrían pasado cinco o seis horas desde la marcha de Holmes cuando la señora Hudson intervino en escena. Encontrándome a medio camino entre lo despierto y lo soñado, había creído escuchar el timbre de la puerta, y su llegada confirmó este hecho.

—Dos telegramas para el señor Holmes, doctor Watson —anunció la buena mujer. ¿Sabe si tardará mucho en regresar?